

Precisamente para la ilusión artística de mi reincorporación al Claustro médico de Barcelona, con asiento en él y vuelta al activo servicio, es de estricto rigor que yo me encargue de enseñar una formal y propia y perenne asignatura. Y aun no paran ahí las exigencias de la artística naturalidad, sino que la asignatura de mi cargo, con ser libre respecto á vosotros, pues no os obligará á asistencia ni á examen, debe resultar obligadísima respecto á mí por la calidad de catedrático numerario de que, con la aquiescencia del Claustro, anhelo contemplarme revestido. Por todo lo cual, y lo antes demostrado, mi asignatura en esta Escuela debe ser *determinada y constante*, como propia de numerario; *nueva*, para que no se entrometa en las demás; *general*, por su interés médico, pues solo así será dedicable á todos; *de importancia profesional positiva*, á fin de que lo útil del asunto compense lo libre de vuestra asistencia; y, por último, de *materia sin fin*, por entrar en mis planes el propósito de que, variando cada año el argumento particular de las conferencias, antes muera yo, que termine el tema general del programa, única forma de conciliar entre sí estas dos indicaciones, á saber: *la unidad de asignatura y su constante variedad*.

Es, por tanto, mi deseo fundar en esta amada Facultad lo que llamaré una enseñanza á *rabassa morta*, de la cual enseñanza sea *rabassa* el mismo profesor, y de cuyas uvas no dejéis de comer, con tal que os apetezcan, mientras la Cepa-Letamendi viva, ó conserve siquiera las energías precisas para producir racimos de conferencias. Muerto yo, puede otro, con carácter de *rabassa novella*, proseguirlas, aportando á sus lecciones las ventajas que para ello le den su mejor ingenio y el natural progreso de los tiempos.

Acaso se diga que, en esta perennidad de curso, los grupos académicos de escolares irán cambiando y renovándose y no podrán, de consiguiente, abarcar todos el total del programa?—No me parece práctico el reparo, porque lo realmente efectivo será que yo no viva mucho; demás de que un curso de esta naturaleza no hay que mirarlo como se miran los de ganar año para en su día alcanzar el título. Curso es, el de referencia, de poquísimas lecciones anuales, por no haber modo hábil de que sea de muchas; pero en cambio su mismo carácter colectivo, por cuanto va dedicado á todo el Cuerpo escolar de esta Facultad, le imprime el sello de curso dado á una generación entera; de suerte que, ó no ha de interesar ó, si interesa, será seguido fervorosamente, pasada la licenciatura, por cuantos médicos la hubieren comenzado y seguido como estudiantes. Y que el proyectado curso, por darlo quien lo da, como débil pero ferviente muestra

de agradecimiento á esta Facultad en masa, debe ir dedicado á toda la actual generaci3n, es indiscutible, como asimismo lo es que por *Facultad en masa* debe entenderse la actual generaci3n de maestros, á cuya benevolencia lo dedico, y la actual y total generaci3n de alumnos para cuya utilidad lo propongo.

Ved, pues, amigos míos, explicada la parte exterior ó formal del propósito que á vuestra consideraci3n someto. Vengamos, finalmente, á la parte exterior ó substancial, á saber: ¿Cuál será la materia de mis conferencias? ¿Cuál el título general de ese curso sin fin?

Si difícil me era dar con la forma artística de mi proyecto, tanto ó más me lo ha sido hallar materia de enseñaanza á la vez original, verbal, útil y susceptible de perpetua renovaci3n.

Gracias, sin embargo, á haber dado al tiempo lo que es suyo, puedo hoy ofrecerlos, por compensaci3n de mi retraso en visitarlos, un pensamiento bastante maduro para que no tenga ya que sufrir ulteriores modificaciones.

Respecto, pues, del asunto, es mi definitiva resoluci3n ofrecerlos UN CURSO DE ANTROPOLOGÍA INTEGRAL (*ó doctrina de las relaciones entre lo moral y lo físico*) APLICADA Á LA MEDICINA, asunto fecundísimo, apenas desflorado por la formal ciencia, amén de traído á mal traer por escritores incompetentes.

En su virtud y á fin de preparar vuestro juicio, voy á exponeros sucintamente el concepto total que de la ANTROPOLOGÍA habéis de tener y el consiguiente que de la *integral* os conviene formaros para valorar mi ofrecimiento.

Valga, pues, lo que voy á deciros como introducci3n general á las materias del propuesto curso.

Con decir que ANTROPOLOGÍA es la ciencia del hombre, ya no hay para qué ponderar su magnitud é importancia. *Dios, Hombre y Mundo* son los tres capitales temas de nuestra apetencia racional, y como de Dios no hay en puridad ciencia humana, ni posibilidad de ella, pues solo por fe ó por revelaci3n nos es dado entender de El, resulta que la Antropología abarca la mitad de lo científicamente cognoscible; demás de que, siendo el hombre mismo el objeto final ó útil así de la ANTROPOLOGÍA como de la otra mitad de lo cognoscible ó COSMOLOGÍA, resulta ser á un tiempo la ciencia del hombre *una mitad y la finalidad entera* de la Filosofía natural. Véase, pues, cómo la Antropología no se reduce á una ciencia más, sino que ella sola es árbol frondosísimo de ciencias. Ya desde los más remotos tiempos esa frondosidad ha sido impedimento grave para que un hombre por sí solo domine la ciencia antropológica; poquísimos son los pensadores

que, al par de Aristóteles, hayan dominado la enciclopedia antropológica de su tiempo, resultando de ello la propensión de cada cual á entender por Antropología aquel aspecto de la ciencia del hombre ó que más cuadra á sus aptitudes, ó que más mira á las necesidades de su profesión. Hoy, como en la antigüedad y los tiempos medios, esta flaqueza perjudica y merma de un modo lamentable el concepto de la Antropología. Cuanto á los médicos, ya los antiguos se formaron una que resultara adecuada á sus aficiones, llamada *Antroposofía*, que definían: «Ciencia que expone la naturaleza humana y su estructura interna y externa, ó sea Fisiología anatómica del hombre». En esto los modernos médicos antropólogos no han ampliado gran cosa las miras de los antiguos: uno solo, que yo sepa, nos ha dejado testimonio escrito de que tenía pleno y claro concepto de la ciencia del hombre; ese médico fué Hipólito Cloquet, quien, en 1823, daba de la Antropología la siguiente definición: «Historia natural del hombre, ya considerado como *individuo* en su estructura, su composición y sus fenómenos *fisiológicos é intelectuales*, ya como *especie ó género* que ofrece razas que viven en sociedad y que se perfeccionan por la civilización».—A falta de las obras de Hipólito Cloquet, hoy día muy raras, á mano hallaréis esta preciosa definición transcrita en el *Diccionario de Medicina* de Robin y Littré.

La incompletez de contenido de que respectivamente adolecían, de una parte, la *Antroposofía*, ó Antropología para uso de médicos y, de otra y por vicio de compensación, la cultivada por filósofos, juristas y moralistas, tomó, desde hace cosa de dos siglos y medio, un carácter definitivo y funesto bajo el influjo de la filosofía cartesiana. El célebre postulado de Descartes. «*Cogito; ergo sum*», «pienso; por tanto existo», condujo, de consecuencia en consecuencia, á dividir el hombre en dos partes substancialmente separables; una el cuerpo, cual máquina viviente por sí; otra el alma, alojada, y mejor dicho en catalán «*rellogada*» en la glándula pineal, como vieja pobre y sin parientes, subarrendataria de un camaranchón en casa de amigos menesterosos.

Que esta división de entidades ha sido la destrucción de la Antropología, os lo demostraré por un ejemplo llano, sin engolfaros en razonamientos metafísicos de que no tenéis costumbre. Imaginad, pues, que en un corro donde varios hombres de negocios discuten dónde estará la verdadera esencia, el alma, la virtud de un billete de Banco que están contemplando, se adelanta uno que, echándose las de espíritu positivo, ávido de ir al grano de toda cuestión, corta con un sacabocados la porción del billete que expresa la cantidad de su va-

lor y, tirando al suelo el resto, les dice: «Caballeros, esta es el alma del billete; lo demás, lo que he tirado, es papel sin ningún valor.» Pero el caso es que, hecho esto, así el del sacabocados como los demás se encuentran con que, si presentan en el Banco la cifra recordada, lo mismo da que el recorte diga mil pesetas como que diga una ó un millón; pues no se lo han de pagar y, además, se les dirá que si están locos, porque faltan las firmas que responden del valor y las demás consignaciones de serie, emisión, fecha, etc., que contrastan la legitimidad del documento, y, si presentan al cobro el resto taladrado del billete, tampoco lo cobrarán, sobre declarárseles memos, pues exhiben todo lo que autoriza y contrasta el documento, menos lo que determina la cuantía de lo que se ha de pagar. —El ejemplo es legítimo, pues en cada animal el ánimo, el principio informador es lo que señala el rango del mismo, es decir, su valor, y el cuerpo representa todas aquellas cosas por cuya mediación ese valor se hace efectivo. Por donde solo de todo ello en conjunto resulta un animal. Ved, pues, amigos míos, por este ejemplo, hasta qué extremo los hombres de superior pensar caen á lo mejor, no diré en niñadas, sino en bobadas y memeces indignas de filósofos, por serlo asimismo de niños, y ahora comprenderéis por qué razón histórica los médicos y los hombres de justicia ofrecen, en los asuntos forenses, el ridículo y perjudicial espectáculo de no poderse jamás entender en cosa alguna que á la naturaleza humana se refiera. Los médicos, por solo fisiólogos, no entienden ni quieren entender en cosa psicológica; los juristas por solo psicólogos, ni penetran, ni quieren, ni les sería fácil, aunque quisieran, penetrar en lo fisiológico, de suerte que, en sus mutuas relaciones, se encuentran como los respectivos portadores de los dos pedazos de billete de Banco puestos á ejemplo, ó como dos pretendidos sabios de la naturaleza del óxido hídrico, de los cuales uno, por solo conocer el oxígeno, y otro, por solo conocer el hidrógeno, nunca pudiesen entenderse, con todo y razonar de cosa tan clara como es el agua, así para los que la ven y para los que la beben, como para los que la entienden por haberla analizado por completo.

La causa principal del error cartesiano radica en cortedad de vista del propio Cartesio para las cosas del orden propiamente metafísico. Cartesio fué un coloso para las Matemáticas puras y para la aplicación de éstas al orden fenomenal del mundo externo; pero, como filósofo, no pasó de ilustre medianía. De ahí que, con el tiempo su figura, en cuanto matemático y físico, se va agrandando, mientras que, en cuanto antropólogo, se va empequeñeciendo. Por efecto de

esta cortedad de vista metafísica, Descartes creyó que el sujeto, el alma, la personalidad no tiene en el individuo más campo real, más extensión individual, por decirlo así, que el del foco reflexivo llamado *conciencia*, y pues de ésta se podía asegurar que está en la cabeza, y solo en ella, concluyó de este hecho á que solo en la cabeza tenemos alma y que lo demás es máquina viviente cuya perfecta acomodación á las facultades del sujeto pensador, en todo acto íntegramente individual, es determinado y encaminado por una *armonía preestablecida*. Total: que, según Descartes, el hombre es un espíritu de caballería que va por estos mundos montado en la cabalgadura que le cupo en suerte. De donde que todavía hoy, á despecho de la resonante algarada de los sedicentes antropólogos, los juristas solo se dan cuenta del caballero, ó sea del hombre subjetivo, del sujeto consciente, y los médicos solo se la dan del rocin ó rocinante que aquél monta, ó sea del hombre objetivo, que es el examinable por los sentidos externos; y de ahí que todo el esfuerzo de la flamante Psicología, tan en privanza entre médicos, se reduzca á un absurdo tira que tirarás de lo objetivo para que supla lo subjetivo que desconocen.

¡Y pensar que es tan clara cosa el misterio de la unidad del compuesto humano y tan sencillo de comprender el fenómeno de la ubicuidad del alma en el cuerpo!—Si es cierto que solo pensando puedo yo saber que existo, es porque el pensar constituye función especulativa, que quiere decir función de espejo, de donde la idea de reflexión, porque, mediante el pensamiento, yo me reverbero ante mí, ni más ni menos que mi rostro se refleja en los espejos comunes. Mas, aunque esta función sea la que me proporciona la certidumbre mayor y más indiscutible que yo poseo de lo existente, por cuanto es certeza *inmediata* de la existencia mía como positivo ser, asimismo es de clara evidencia que la función de pensar no es la única mía, en cuanto principio animador de mi cuerpo, sino una de tantas entre las incontables funciones que por medio de mi corporal materia, y con auxilio de la cósmica, ejecuto; bien como para la discreta y hacendosa mujer de su casa, no toda la casa es tocador donde contemple y aliñe su persona. ¡Medrada anduviera la tal si en otros muchos y más humildes menesteres domésticos no se ocupara! El ejercicio de este conjunto de funciones se llama *vida*; el de la función especial reflexiva se llama *pensamiento*. Ahora bien; si de mí se puede decir que soy por esencia *viviente*, porque de un modo ú otro y en toda parte de mi cuerpo estoy viviendo de continuo, desde la concepción hasta la muerte, en cambio, científicamente, no se pue-

de afirmar que soy por esencia *pensador*, pues no pienso de continuo, sino que duermo de una cuarta á una tercera parte del día, lo cual es suspensión del pensar y, además, no pienso por todos mis órganos, sino solo por el cerebro. De donde el doble error á que conduce el hacer del pensamiento la esencia del alma; puesto que, si la esencia de ésta es el pensar, queda su habitación reducida á la cabeza, y como no siempre piensa, dedúcese que suspende su esencia el alma mientras deja de pensar, lo cual constituye el mayor de los absurdos. Dígase que el pensar es lo más sublimado que puede hacer el *alma incorporada* llamada *hombre*, y se dirá lo cierto, por ajustado á experiencia. Ahora, si á estas consideraciones añadimos la de los equivalentes vitales, en cuya virtud lo mismo nos dormimos por fatiga de pensar, ó cansancio cerebral directo, que por fatiga de andar, correr, saltar, digerir y tantos otros actos que provocan sueño por exhaustión cerebral compensadora de sobregastos de energías en partes distintas y distantes del cerebro, y si como término de nuestro discurrir nos fijamos en la continuidad anatómica de nuestra organización, acabaremos por reconocer evidente la unidad y ubicuidad de nuestra energía informadora y la asombrosa variedad de sus manifestaciones, cuyos dos polos perceptivos son, de un extremo, los sentidos externos directos ú objetivos y, del otro, la conciencia ó conjunto de sentidos reflejos ó subjetivos. Estas son las razones por que he clamado en todo tiempo contra ese inconcebible error que parte en canal el ser humano, para entregar á unos lo vivo inconsciente, y á otros lo vivo consciente, con la ineludible consecuencia de que jamás unos y otros se pueden entender. Acerca de esto, mis postulados han sido siempre estos dos: cuanto á la naturaleza, *el hombre es un solo ser; su cuerpo un solo órgano; su vida una sola función*, y, cuanto al método de estudio antropológico, *deben armónica é inseparablemente concurrir á éste, así los sentidos externos, registradores de lo objetivo, como los sentidos internos, mejor llamados íntimos, aprehensores de lo subjetivo*. La adopción de este método conduce necesariamente á la demostración del postulado primero, ó sea, de la unidad formal del hombre. Por tal integración de nuestra naturaleza se sorprende en el fondo de las relaciones entre lo conscio y lo inconscio, ó sea, entre lo espiritual y lo somático, un fondo de identidad que todo lo explica abriendo camino á un sin fin de utilísimas aplicaciones. El resultado de este método constituye lo que desde 1865 recomiendo y cultivo bajo la denominación de *Antropología integral*, tema sin fin de las conferencias á *rabassa morta* que os ofrezco.

En esas conferencias, por una serie de monografías concretas cu-

yos temas sean, por ejemplo, el Genio, el Carácter individual, la Responsabilidad, el Sentimiento moral, el Vicio, la Pasión, la Vocación, el Estro sexual, el Sentimiento artístico, el Trabajo social, la Educación y muchos más que, al par de todo lo humano, hacen á lo moral y á lo físico, á lo conscio y á lo inconscio, os mostraré en términos llanos y de aplicación inmediata médico-profesional, las íntimas relaciones de uno y otro polo de nuestro único ser, dando carácter práctico á lo que, en la esfera de los principios, he sustentado constantemente, ya en diversos trabajos enciclopédicos como en el «Discurso acerca de la naturaleza y el origen del hombre», «El pro y el contra de la vida moderna», «La Criminalidad ante la Ciencia», «La Educación de la voluntad», y otros que, por no caer en prolijidad, omito, ya en mis obras de Medicina.

En suma: la antropología integral, en el rigor de acepción con que la presento, y á despecho de ser la menos y peor cultivada de todas, os la ofrezco como verdadero complemento práctico de la Medicina, para los efectos de adquirir una cabal idea del hombre en todos los aspectos y casos de su vida.

Nada se opone hoy, como no sea la desidia ó la iguorancia, al adelantamiento de la *antropología integral*. De antiguo perfeccionada hallamos la Antropología *psíquica* ó de la observación de conciencia aplicada á las facultades y potencias del espíritu humano; progresos asombrosos ha hecho desde el Renacimiento la Antropología *física*, ó de las partes anatómicas y de los actos fisiológicos; no menos florecientes vemos á la Antropología *étnica*, ó de las razas actuales, y la Antropología *histórica y prehistórica*, ó indagadora de los orígenes y evoluciones de la humanidad. Esto lo reconocéis todos sin pasar de los umbrales de la ciencia del hombre, con solo atisbar por entre las medio entornadas puertas que dan acceso á estos cuatro grandes compartimientos antropológicos; pero, como penetréis en ellos, os traerán de asombro en asombro los primores de los grandes anatómicos en lo descriptivo, lo histológico, lo embriogénico y lo topográfico; los alardes inquisitivos de los fisiólogos; la sutil sagacidad analítica de los psicólogos ú observadores de la propia conciencia; la penetración de razonamiento acerca de los orígenes psíquicos de la Ciencia, del Arte, del Derecho, de la Moral y de la Religión; el infatigable empeño en escudriñar cómo apareció el hombre en la haz de la tierra, qué antecesores naturales tuvo en ella y hasta qué punto fué espontánea ó derivada, autóctona ó propagada su difusión por el globo y su diferenciación en razas fundamentales; la diligencia puesta en la clasificación étnica y en el deslinde de las mezclas y varian-

tes de razas humanas; el prolijo recolectar de muestras y vestigios de objetos que, bajo la marca indiscutible de obra del hombre, marca acusada por su finalidad de forma, componen hoy verdaderos museos parlantes que revelan al visitador, en materia de artes y oficios, secretos prehistóricos anteriores quizás á la formal invención del habla; la beata paciencia de los logólogos ó inquisidores de los orígenes, desarrollo, ramificaciones y plexos del lenguaje y de su difusión y perpetuación por la escritura; la milagrosa intuición de los intérpretes de ésta y de los aplicadores de la Filología á la indagación histórica; y, finalmente, la abnegación heroica de los modernos monografistas historiólogos, que están transformando, á nuestra vista, en Historia positiva é íntima de la sociedad entera la que hasta el presente ha sido poco más que novela tradicional, reducida á «guerras, asolamientos, fieros males», traídos por ambiciones de reyes, emperadores y pontífices sedientos de universal poderío, ó por colisión en masa de pueblos enteros, necesitados de más tierra donde acomodar su exceso de población, ó de mejor clima donde desplegar sus condiciones de vida.

Ahora bien; en relación con este brillante estado de las cuatro referidas ramas de la Antropología clásica, ó sea la *psíquica*, la *física ó anátomo-fisiológica*, la *étnica y la histórica*, hallamos en el más deplorable atraso la quinta, la *integral*, ó de las relaciones entre lo moral y lo físico, con ser como es tan útil para todo orden de aplicaciones, y muy singularmente para completar con la física y la psíquica el conocimiento del hombre en todo cuanto atañe á la práctica de la Medicina.—Desde Aristóteles, verdadero antropólogo clásico, ó completo para su época, hasta nuestros días, no presenta la Historia mas que cinco pensadores que por genial visión nos hayan dejado algún luminoso bosquejo de *Antropología integral*, y son: Claudio Galeno en su opúsculo titulado «De cómo las tendencias del ánimo concuerdan con los temperamentos»; nuestro Juan Huarte en su inmortal libro «Examen de ingenios para las ciencias»; el insigne Cabanis en su opúsculo «Relaciones entre lo físico y lo moral»; el renombrado Lavater en su grande obra de Fisiognomía, y el no menos famoso Gall con su resonada novedad de la Cranioscopia, llamada más comunemente Frenología.—Ninguno de estos eminentes observadores ha instituido la totalidad, más ó menos rudimentaria, de lo que yo llamo ANTROPOLOGÍA INTEGRAL; pero, en cambio, cada uno de ellos ha presentado limpio y completo (exagerado ó no, que esto no hace á nuestro caso) uno de los principales aspectos de esta oculta identidad de lo conscio y lo inconscio, revelada por estrechas y constantes

relaciones entre lo uno y lo otro; así, Galeno descubrió las que median entre el carácter y el temperamento; Huarte, las que enlazan los rasgos del temperamento de cada cual con el de su ingenio para las ciencias y las artes; Cabanis tanteó la parcial integración de lo de Huarte y Galeno; Lavater mostró la correspondencia natural entre la fisonomía y el conjunto del carácter y las aptitudes, y Gall, por último, vió, aunque exagerando mucho su propia visión, la forzosa transcendencia de todo lo psíquico, por medio del encéfalo, á las formas y proporciones del cráneo. Lo intentado en estos últimos tiempos, lejos de constituir un adelanto firme, resulta un grave retroceso, aunque por ley evolutiva es de esperar que no pase de retroceso accidental; las flamantes escuelas llamadas antropológicas han caído, por falta de preparación y de idea clara de su propio intento, en dos errores imperdonables, cuyo enunciado os reduciré á estos sencillos términos: primer error, empeñarse en fijar las relaciones entre lo psíquico y lo fisiológico sin contar con lo primero, ni dar la menor muestra de conocerlo; de suerte que por este camino, se da la absurdidad de mirar como objetivo lo subjetivo; y así, en los libros de los sedicentes antropólogos, integralistas en conato, jamás veréis el menor rastro de experiencia interna, de estudios de la propia conciencia. Estudian, v. gr., los sentimientos impulsivos directamente en los demás, como pudieran estudiar en éstos los cabellos de la coronilla, por imposibilidad de verse los de la suya propia; segundo error, haberse lanzado á aplicar esa extraña Antropología á los casos particulares de la criminalidad y otros anormales, sin antes haber fijado, por observación, las leyes antropológicas generales ó comunes que en todos los hombres relacionan lo fisiológico con lo psíquico; de donde les resulta que, por ejemplo, tratándose de lo criminal, ninguno de los signos externos dados como característicos de espíritu propenso á delinquir, ha podido resistir á la crítica. ¡Y cómo habian de resistirla si fueron propuestos con tan grave violación del método natural! No insisto en estos reparos porque sería cosa de nunca acabar (y es mala ocasión ésta en que precisamente estoy acabando), y porque sobradas ocasiones se nos ofrecerán de explicarlos en la sucesiva exposición de asuntos de mis proyectadas conferencias.

Un título, sin embargo, y muy considerable, tiene adquirido la escuela Antropológica reinante al respeto de las futuras gentes, y es la genial entereza con que ha planteado muy nuevos y trascendentales problemas, causando fuerte y útil sacudimiento en la gente jurisperita. Si dicha escuela no ha resuelto, en los años que ya lleva

de labor, esos problemas, dando con ello lugar á que los hombres del derecho se vayan reponiendo del susto, débese á falta de preparación intelectual. Entre esos antropólogos los hay de verdadero genio, pero mancos, manquésimos (si cabe superlativo para la manquera) de educación psicológica; porque es muy cierto, amigos míos, que si para cantar la belleza al servicio del arte puede bastar la *afición*, lo que es para cantar la verdad al servicio de la ciencia es de rigor ser *sofista*. No olvidéis esta reflexión si queréis que vuestras obras obtengan estimación duradera.

Cuanto á mi personal modo de ver y de tratar esta cuestión, como todas las demás que en libros y folletos llevo elucidadas, tan hondo es mi convencimiento de que en vida mía no lo he de ver objeto de ruidosos éxitos, como arraigada es mi confianza en que un día merecerá unánime sanción. Ese día vosotros podréis alcanzarlo; á mí no me es dado más que preverlo, aunque con previsión muy cierta, como la de los eclipses de sol ó de luna. Tiene la evolución del pensar sus leyes tan fijas como las de los astros.

Y aquí doy término á esta *Plática*, resumiendo mi total propósito en estas dos declaraciones:

1.º El título del Curso á *rabassa morta* que me ofrezco á daros, en honor del Claustro, por amor á vosotros y para algún aumento de vuestro caudal científico, es: *Curso de Antropología integral aplicada á la práctica médica*.

2.º Entre los diversos temas ya citados, el primero que deseo tratar resuelve científicamente la cuestión, hasta ahora encomendada á la fantasía de poetas y de médicos trasnochados, de si en la inspiración interviene algo de sobrenatural ó algo de patológico, ó si ella nace de una potencia á la vez humana y perfectamente normal, por más que susceptible de enfermar, como todo lo humano. El enunciado de este tema es: «*Antropología del genio, como potencia clarividente, creadora y ejecutiva,*» y presumo que su cabal tratamiento no bajará de cinco sesiones.

Y con esto, mis buenos amigos, ya sabéis del objeto de mi venida tanto como yo: dije mal; más que yo sabéis de ello, porque en este momento ignoro si mis ofrecimientos son de vuestro agrado. Deteneos, sin embargo; no me lo digáis aún, pues mejor y más libres concertaréis á solas vuestras voluntades, y sobrados medios tenéis de que me llegue oportunamente la expresión de vuestro colectivo deseo. Lo que ahora me interesa es que uno de vosotros, en representación de todos, se acerque á darme y recibirme el fuerte abrazo á que en el principio de esta *Plática* me referí; abrazo que será como

resumen mudo de nuestros recíprocos sentimientos por lo pasado y de nuestra perpetua alianza para lo porvenir.

Así, pues, á Madrid me vuelvo y hasta la vista, sin más retóricas ni aparatos de despedida que un abrazo y un

¡ADIÓS!

1895.

CURSO DE ANTROPOLOGÍA INTEGRAL

MONOGRAFÍA PRIMERA

ANTROPOLOGÍA DEL GENIO

como potencia clarividente, creadora y ejecutiva.

CONFERENCIA I

Introducción.—Concepto general del tema.

SEÑORES:

Inefable satisfacción es para mí el poder hoy, á despecho de recientes agravaciones, incompatibles con toda labor literaria, comenzar á cumplir lo que en mi PLÁTICA del pasado curso tuve el placer de prometeros y el honor de que alborozados aceptarais.—Lo ofrecido fué: 1.º, daros una serie indefinida de *Conferencias monográficas* sobre temas de ANTROPOLOGÍA INTEGRAL, bajo el criterio filosófico que, como lazo común de todas las monografías posibles acerca del asunto, os dejé establecido en aquella parte de la referida *Plática* que hizo las veces de discurso inaugural, y 2.º, presentaros en el actual curso el estudio antropológico del GENIO.

El primero de mis dichos ofrecimientos traía implicado el compromiso de dar á las anunciadas monografías un carácter rigurosamente científico; pues felizmente, ya, hoy día, la ciencia anátomo-fisiológica puede prestar á la psicológica propiamente dicha aquel eficaz concurso que en otros tiempos vanamente hubiera ésta reclamado

de aquéllas, y, sin el cual, es verdadera temeridad todo conato de explicación suficiente de los fenómenos anímicos. El éxito, pues, de la nueva empresa, es ya solo cuestión de método, y ahora mismo, para abreviar, voy á exponeros cuál es el que adopto para todas y cada una de las Monografías antropológico-integrales que tenga yo la dicha de dedicaros.

Digo, por tanto, que, bien se trate de «EL GENIO», bien de «LA RESPONSABILIDAD», ó de «LA PASIÓN Y EL VICIO», ó de «LA NATURAL VOCACIÓN», ó de «EL AMOR», ó de «EL CARÁCTER», ó, en fin, de cualesquiera otras manifestaciones de la íntegra personalidad humana, la norma común de su estudio será esta que lacómicamente voy á formularos: Cada total *Monografía* será encabezada por una INTRODUCCIÓN donde se expongan *Sinonimia*, *Definición* y demás extremos lógicamente comprendidos en el *Concepto general del tema*, y, cuanto al cuerpo del trabajo, estará éste invariablemente dividido en dos PARTES, subdivididas á su vez en dos *Secciones*, cuyos respectivos destinos, significados por los propios títulos, serán: de la PARTE PRIMERA, el análisis ó diferenciación de los elementos del tema; de la PARTE SEGUNDA, la síntesis ó integración de los mismos, y, por lo que toca á las cuatro *Secciones* será asunto de la 1.^a de la PARTE PRIMERA, el análisis psicológico puro; de la 2.^a de la propia parte, el análisis fisi-anatómico; de la 1.^a de la PARTE SEGUNDA, la síntesis ó integración antropológica en función normal, y, finalmente, de la 2.^a de igual parte, la síntesis ó integración antropológica en funciones anormales, ó sea, la MEDICINA ESPECIAL del objeto de aquel determinado estudio.

Para mayor expedición, dejoos reducido todo ello, en esta misma cuartilla, á la siguiente brevísimas

Sinopsis del Método común

á todos los temas de Antropología íntegral.

Introducción. . .	PARTE PRIMERA Analítica ó diferencial.	1. ^a Sección.—Análisis psicológico.
		2. ^a Sección.—Análisis fisi-anatómico.
	PARTE SEGUNDA Sintética ó íntegral.	1. ^a Sección.—Síntesis.—Función íntegra normal.
		2. ^a Sección.—Síntesis.—Función íntegra patológica. (Medicina especial del objeto dado.)

La misma naturalidad de este método sale garante de su utilidad; porque, en efecto, sería muy dura cosa, aún hoy día, vistos de una parte, el absoluto abandono de los verdaderos estudios psicológicos,

y, de otra, la falta de consistencia y la subsiguiente desperdigadura en que se malogran las más luminosas ideas fisiológicas, romper de golpe, sin la menor preparación analítica, á explicar, no ya v. gr. la naturaleza y mecanismo del *Genio*, sino ni tan siquiera el más sencillo fenómeno anímico en su íntegra, real y viva producción. Por mi procedimiento, tal riesgo queda previsto y evitado, puesto que hallaréis, en la PARTE PRIMERA, desmenuzados, así los datos de conciencia ó psicológicos puros como los hechos objetivos ó fisi-anatómicos cuya realidad y cuyo ulterior entrecruzamiento ha de explicarnos, en la PARTE SEGUNDA, el mecanismo y la trascendencia de las relaciones normales y patológicas entre lo físico y lo moral; de suerte que mi método se trae consigo, no solo la *integración antropológica*, objeto final del estudio, sino también las previas diferenciaciones elementales que han de formar trama y urdimbre de aquella tela de realidad viviente que tratamos de conocer por recombinación. Páreceme, pues, que, á favor de tan cabal procedimiento, nadie podrá con razón tachar de árdua ni de oscura la nueva ciencia en que me propongo iniciaros, la cual con mayor razón que el fugitivo espartano puede exclamar: «Todo lo mío llevo conmigo.» «*Omnia mea mecum porto.*»

Y ahora, señores, puestos ya en autos del régimen que habremos de seguir, como ordenanza de nuestra intelectual disciplina, os anuncio, sin más razones ni circunloquios, que en este instante comienza propiamente mi primera Conferencia de

ANTROPOLOGÍA DEL GENIO

como potencia clarividente (1), creadora y ejecutiva.

Conferencia que, por la nobleza y trascendencia del asunto, se consume toda en

Introducción

dedicada á exponer el *concepto general del tema*, y cuyo primer capítulo emplearé en extensas y hondas consideraciones sobre la

Sinonimia.

Sabed, pues, que la voz «GENIO», tiene por equivalente éstas:

(1) Quede ese vocablo ahí, á pesar de no haber sido aún aceptado por la Academia.—(N. del A.)

INGENIO, NUMEN, MUSA, DEMON, ANGEL, ESTRO, INSPIRACIÓN y otras más, igualmente significativas de algún ente, que, siendo extraño á nuestra personalidad, sugiere á ésta, con sorpresa suya, determinados pensamientos con que se ilumina y ayuda en bien suyo y de los demás. Así, *Genio*, *Démon*, y su homólogo griego *Thepesios*, significan «inteligencia divina», «dios menor», «espíritu mensajero»;—«*Ingenio*», expresa por el prefijo *in* la residencia del Genio en nuestro interior;—«*Numen*», es voz latina que vale por divinidad;—«*Musa*», es nombre de cada una de las nueve deidades menores servidoras de Apolo;—«*Angel*», vale concretamente por espíritu mensajero del bien ó del mal (de donde la significación de «buena nueva» de la palabra *Ev-angelio*);—«*Estro*», viene de la voz Helénica *Oístros*, transcrita al latín por *Æstrus*, y se aplica indistintamente al tábano, á su aguijón y la excitación cerebral consecutiva ó arrebató artístico, con lo cual se expresa á la vez algo que zumba á nuestro oído y que infiere picadura y exaltación á nuestra mente;—y aun el ordinario vocablo *Inspiración*, si materialmente solo expresa recepción de idea ó intención ajenas al curso de nuestro ordinario discurrir y querer, implica á todas luces, por lo mismo, el supuesto de un ente inspirador, distinto del sujeto inspirado.—Y del propio tenor resultan los demás vocablos que en diversas lenguas sirven para denominar la misteriosa potencia cuyo estudio natural hoy emprendemos. Asimismo conserva la historia el particular nombre que un tiempo se aplicara al numen, genio ó demonio peculiar de tal ó cual iluminado personaje, como por ejemplo: el demonio de Sócrates, la ninfa de Numa, la diva de Plotino, la paloma de Mahomed y el duende de Lutero, que diz se divertía en jugar con la pluma de escribir.

Concordancia muy digna de seria reflexión es la que ofrece tal sinonimia cuando se la contempla con ánimo resuelto á descubrir la teoría natural del Genio; porque semejante unanimidad revela en el ánimo colectivo del género humano el constante supuesto de que los actos geniales son obra de revelación operada en nuestro espíritu por un ente extraño á nuestra propia individualidad, bien como en el orden religioso se representan los de inspiración divina como sugestión del Espíritu Santo bajo la forma de cándida paloma que habla al oído de los elegidos del Señor, como, por ejemplo, Santo Tomás de Aquino, Santa Teresa de Jesús y otros agraciados intérpretes de la eterna sabiduría. Implica, pues, un tal supuesto, por lo universal y constante, la honda convicción con que los hombres, bien por acto de fé, bien por ilusión poética, atribuyen todo destello genial ó revelación interna hecha al hombre por tercera persona, divi-

na ó semidivina y, en todo caso, fantástica, espiritual, todo menos real y palpablemente positiva. Hasta del tábano, ó estro cuya picadura nos transfunde las ideas más originales, más sublimes y hasta más inesperadas del sujeto mismo á quien súbitamente se ocurren, habremos de suponer que no será el ruin, vulgar y mortal pica-pollinos, cuyo aguijón levanta ronchas, sino un insecto espiritual, que desciende á inocularnos con sutil, invisible aguijón, no ponzoña terrena sino la quinta esencia del néctar celeste por él libado de flor en flor en los jardines ideales de los Elíseos Campos.

Cierto que ni la fe ni la poética ilusión constituyen ciencia, sino, cuando más, suplementos provisionales de ésta en todo aquello que, por corresponder al régimen ordinario del mundo, y no ser, por ende, milagroso, si todavía no ha entrado en la jurisdicción científica, á ella pertenece virtualmente por fuero racional y á ella vendrá á parar de un día á otro; sin embargo, es igualmente indudable que en nuestro asunto, como en todos los que atañen á la Filosofía natural, ni la superstición ni la poesía resultan funciones superfluas en la evolución del humano conocimiento, puesto que en ésta todo imaginario anticipo ha realizado en su tiempo estos dos importantes fines evolutivos, á saber: 1.º, suplir con la fantasía la inteligencia en espera de positivo saber; y 2.º, formar la andamiada del futuro científico edificio. Lo primero es inevitable, demás de útil, porque, mientras el hombre tenga imaginación, propenderá á aliviar con fantasías, así su ignorancia, que es hambre de entendimiento, como sus hambres materiales, que son ignorancia de estómago; lo segundo es utilísimo, aunque parezca vano, porque en toda andamiada, por ser edificio en borrador, hay algún positivo trasunto de la construcción futura. Y que cuanto voy diciendo es así, y no de otra manera, acredítalo el concienzudo estudio de la historia, la cual nos enseña á no reirnos de fábula alguna de las ideadas por los pueblos, en espera de real y efectiva sabiduría. Porque cuanto más hondamente examinamos tales imaginaciones, y más claro vemos que ellas ofrecen de natural, lo que de natural encierra en sí la fantasía misma, la cual, por extravagante que parezca y arbitraria en sus populares concepciones, hija legítima es de Naturaleza y no inclusera; y así, quien de ella usa, imprime en sus fábulas, aun en las de más disparatada apariencia tal fondo de racionalidad, que hace de las mismas objeto de serio examen y de ulterior, aunque solo parcial, aprovechamiento. Menospreciar, pues, en absoluto, por inútiles, esos preliminares fantásticos de la evolución racional de los pueblos, valdría tanto como ridiculizar por monstruosos los preliminares embriona-

rios de nuestro individual desarrollo; y, sin embargo, al ver aquellos globos membranosos, aquellas al parecer estrambóticas vesículas, umbilical y atlantoides, que sucesivamente mantienen nuestro rudimentario cuerpo hecho caricatura de aereonauta pendiente de dos mongolfieros y entretenido en juegos acrobáticos, todo conocedor, y solo quien lo fuere de nuestro mecanismo evolutivo, reprimirá su tentación á la burla, pues sabe cuán capitales preparativos suponen aquellas anticipadas pompas, en apariencia inútiles, y cuán interesantes, instructivos y perennes vestigios de su efímera existencia dejaron en el definitivo cuerpo humano. Ello es que en todo orden material ó espiritual, lo preliminar, con ser vago y parecer informe, no solo es natural en sí mismo, sino que entraña la semilla de lo definitivo y perfecto. Así, pues, concretándonos á la *teoría del Genio*, lo tradicional, representado por la sinonimia en cuya valoración me ocupo, podrá perder, y desde ahora yo os fio que perderá á poco que la suerte favorezca mi empeño, todo rastro de sobrenatural y misterioso, y con ello todo el valor de su fantástica significación, convirtiéndose en teoría positiva; empero conservará como cordón umbilical, para nutrimento ulterior de la ciencia del Genio, los dos elementos tradicionales, firmes, pues son de experiencia que surgen del supuesto de que el sujeto inspirado lo está por obra de un genio ó númen inspirador. Estos dos elementos que el tal supuesto implica, son á saber: 1.º, la no intervención directa ni del propio discurso del sujeto ni del imperativo de su voluntad en los actos geniales; 2.º, la absoluta inutilidad y hasta contraproducencia de ese imperativo y de ese discurrir para el logro de un resultado genial, aun en la mente del más probado genio cuando no le asiste la inspiración. Indudable es que la experiencia de estos dos elementos positivos característicos de la inspiración, fué lo que sugirió á la humanidad la hipótesis de un genio sobrenatural inspirante. Por esto los calificó de *implicados* en tan fantástico supuesto y los aprovechó como residuo de un valor inestimable.

Por lo pronto, fijad bien la atención en que estos dos atributos implicados en el concepto tradicional, fantástico y supersticioso de GENIO, lejos de argüir sobrenaturalidad del fenómeno «*inspiración*», ofrecen un dejo de naturalidad sorprendente tan luego ponemos en parangón las funciones creadoras del orden espiritual, ó *geniales*, con las funciones creadoras del orden material ó *genitales*, pues no cabe en lo biológico más estrecha analogía que la sorprendida entre lo *genital* y lo *genial* en cuanto á sus relaciones con la voluntad y con el discurso. En ambas potencias generativas, tanto en la *genital* como

en la *genial*, si por la fuerza del estro, del impulso inconscio, el proceso natural se realiza en plena involuntariedad y sin mediación de razonamiento alguno, en cambio, la experiencia enseña que así en lo *genial* como en lo *genital*, ausente el *estro*, cuanto mayores los anhelos del albedrio y las ingerencias de la reflexión, más colapsada la efectiva energía. De ahí que, aún suponiendo muy potente al individuo en uno ú otro orden de funciones, si, por motivos circunstanciales, no se siente aguijoneado del tábano respectivo, resulta que, cuanto más porfiadas se encuentran en el empeño su voluntad y su reflexión, más y más, al galán, se le atan las agujetas; y al poeta se le va el santo, digo la musa, al cielo. En ambos casos, así el poeta frente al compromiso de improvisar un madrigal, como el galán en libre plática con la beldad anhelada, caen en una tribulación agónica y un trasudor patibulario que se extrema con la porfía misma de salir airoso del compromiso, precisamente por que estas son cosas que no dependen de la voluntad ni se resuelven por el razonamiento.

Que tan estrecha analogía no puede ser más natural, ya os lo dije, y acabo de mostrároslo: al fin ambas funciones son, según veis, del registro creador y, por más que en su finalidad las separa la enorme diferencia de que, por el *amor*, la humanidad procrea en extensión difundándose por la tierra, mientras que, merced á la *inspiración*, procrea en altura, con tal priesa, que en cada siglo dista menos del cielo, ello es que *inspiración* y *amor* son á la par energías generatrices, independientes del albedrio de su propio poseedor, y de ambas diremos que obran *por impulso natural y propio aunque inconsciente*; pues no es cosa, ni de que inventemos deidades inspiradoras del erótico poder, ni de que sigamos creyendo en la asistencia de otras para los efectos de la inspiración genial, no haciendo falta divinidades que presidan á su perfecto análogo el genital arrebató.

Más patente aún se os va á hacer esa estrecha analogía, esa identidad de fondo entre lo *genial* y lo *genital*, cuando tratemos de la higiene de la inspiración; puesto que allí veréis hasta qué extremo estas dos potencias marchan á la par, así en su mantenimiento como en sus decadencias y en sus difíciles restauraciones, bien como marchan emparejados en sus respectivas energías los dos opuestos polos de un aparato eléctrico ó magnético.

Y es que, realmente, en este orden de la vida somos como barra imantada provista de dos polos, opuestos, eficaces y proporcionales; uno cefálico de donde surge la *inspiración*; otro, caudal de donde emana la *fecundación*. Esta verdad, hacia las postrimerías del presen-

te estudio, al exponeros la *Medicina del Genio*, os la identificaréis por convicción propia. Al presente, solo á título de preliminar indicación os la anticipo.

Ahora, volviendo al tronco de mi razonamiento, os recuerdo mi afirmación de que en el fondo de la idea universal y tradicional de GENIO, claramente revelada por lo fantástico de su sinonimia, hallaba yo, por residuo positivo aprovechable, la implícita consignación de dos hechos de experiencia: uno, el de que las visiones geniales son independientes de la voluntad y del entendimiento del sujeto inspirado; otro, que todo esfuerzo directo de estas dos facultades resulta contraproducente para el fin inspiratorio. Pues á esto añado, prosiguiendo mis razones, que la importancia de los dos consignados hechos, hallados en el fondo de la falsa idea que de lo genial la humanidad tiene formada, es grandísima, á tal extremo, que no vacilo en adoptarlas como base de mi definición científica de GENIO. Procediendo de esta suerte, resultará haber tomado como punto de partida de nuestro análisis la quinta esencia, ó sea los dos rasgos característicos reales é indiscutibles de la función genial, separados resuelta y definitivamente de aquello que en el concepto tradicional hay de falso y milagrero, á saber: la idea causal, puesto que, á fuer de hombres de ciencia, no debemos aceptar ni consentir se acepte que la genial inspiración en cuanto motor ordinario y ley del humano progreso sea obra sugestiva de un ente sobrenatural, por más que todavía no hayamos descubierto cuál sea la causa natural é inmanente que en cada hombre provoca sus geniales iluminaciones.—Bástanos, para opinar *à priori* con tal terminancia, la consideración eminentemente teológica de que todo cuanto se comprende en el orden natural es obra continua y consecuente de la ordinaria Providencia, por lo cual puede el hombre *interpretarlo, comprenderlo y predecirlo*, ó sea reducirlo á objeto de ciencia positiva. Todo milagro, pues, en cuanto intervención divina incidental, debe ser considerado, aun para el más fervoroso creyente, como un golpe de tam-tam dado por Dios durante el curso de su ordinario, armonioso y universal concierto. Por donde milagro y naturaleza resultan conceptos científicamente incompatibles.

Definición.

Sujetando, pues, mi idea á científico rigor, digo que GENIO ES LA POTENCIA HUMANA DE HALLAR POR SIMPLE INTUICIÓN AQUELLAS COSAS QUE, CON SER MATERIA RACIONAL, NO SE DAN NI POR VOLUNTAD NI POR DISCURSO.

Las «cosas que, con ser materia racional, no se dan ni por voluntad ni por discurso», componen tres categorías, á saber: 1.^a, causas y relaciones naturales ocultas, por inaccesibles á los menguados recursos de la inducción y la deducción; por ejemplo, la ley del péndulo, sorprendida por Galileo, todavía mozo, contemplando el grave ondular de una lámpara en la Catedral de Pisa; 2.^a, gérmenes ya fecundados de obras humanas, materiales ó ideales, nunca vistas en la Naturaleza ni registradas en la Historia; por ejemplo, el embrión de *La Divina Comedia*, aparecido en la fantasía de Dante Alighieri; la concepción de la máquina de vapor bosquejada en la mente del infortunado Papin, y 3.^a, soluciones prácticas cuyos elementos determinativos no ofrecen, por lo complexos, posibilidad de análisis ó términos hábiles de tiempo y espacio para su discursiva estimación; por ejemplo, la indicación clínica salvadora, quizá sencillísima, que un médico genial ve, á través y á despecho de la gravedad y complejidad de un caso práctico, sin que le sea dable, bien por imposibilidad lógica, bien por la urgencia de la indicación, legitimar su plan, según ciencia, ante los demás colegas.

Por tres diversas formas de función revela el genio las dichas cosas, según su respectiva categoría: las de la primera, por *clarividencia*, que es modo de adivinanza; las de la segunda, por *creación* ó engendro, y las de la tercera por claro *sentido ejecutivo*: resolviéndose tal trinidad de formas funcionales en una sola esencia de función, que es la *intuición* ó *visión mental* de la cosa hallada, la cual cosa resulta, *ipso facto*, un ENGENDRO ESPIRITUAL.

A la «Psicología pura» del asunto (1.^a sección de la PARTE PRIMERA) corresponde el amplio análisis, así de las dichas formas funcionales del Genio como de las categorías de objetos en cuyo descubrimiento cada una de aquéllas se ejercita.

Critica y comento de la definición.

1.º POTENCIA llamo al Genio, y no «facultad», porque ésta implica dominio de su ejercicio por el albedrío, lo cual resultaría contrario á la condición involuntaria de los actos geniales, y así del propio modo que, v. gr., diremos del hombre, que goza *facultad* de contratar, pues lo hace ó deja de hacer según quiere ó no quiere, y del imán no más afirmaremos sino que tiene la *potencia* de atraer el hierro, por cuanto lo atrae por fatalidad, y sonaría ridículo el invertido decir, asimismo, diremos, v. gr., que dentro de lo espiritual humano, si el firmar ó no firmar una escritura constituye *facultad*, en

cambio, el hallar argumento para una tragedia no pasa de mera *potencia*, pues se halla si se puede y, si no se puede, no se halla por más que en ello uno se empeñe.—Claro que toda *facultad* implica *potencia*, por cuanto es una especie de poder, mas, asimismo á nadie se oculta que *no toda potencia supone facultad*, y, si no: ahí están los enormes poderes de tierra, mar, atmósfera y firmamento para dejarme, por lo fatales, verdadero. Ved, pues, legitimado en mi definición el empleo del propuesto vocablo.

2.º De HUMANA calificué la genial potencia á fin de consignar, con un solo adjetivo, estas dos interesantísimas verdades, á saber: 1.ª, que el Genio no es dón sobrenatural, sino natural, y 2.ª, que ese dón no es privativo de determinadas personas, como las grandes cruces y los títulos de nobleza, sino común á todas.

El Genio es, en efecto, parte integrante de la humana individualidad constituida normalmente según su especie, ni más ni menos que lo son, v. gr., en el orden psíquico, la memoria ó la voluntad y, en el somático, el hígado ó el calcáneo. Y cuando más adelante se nos llegue la oportunidad de daros de ello abundantes pruebas, reconoceréis que este solo hecho de la comunidad fisiológica del Genio destruye de un golpe los dos estrafalarios y perjudiciales supuestos; así el de que el Genio es dón sobrenatural, como el de que solo determinados hombres gocen Genio. El primero de estos supuestos es el tradicional; el segundo, para mengua de antropólogos de afición, erigidos hoy en pontífices merced á la pública tontería, es el actual y corriente por que se ha dado en la flor de escribir, por más de cuatro, acerca de «el hombre de Genio» como de quien posee algo, ó, mejor aún, de quien padece un mal de que el resto de los humanos carecen ó están exentos.—En lo normal no hay hombre sin Genio, como no le hay sin narices, ni sin ojos, ni sin manos: solo en la medida y proporción de partes y dotes nos diferenciamos los humanos unos de otros y cuando por locución vulgar se dice: «hombre de carácter», «hombre de acción», «hombre de seso», «hombre de prendas», «hombre de pelo en pecho», á nadie se le ocurre entender que los demás estamos enteramente privados de *carácter*, de *acción*, de *seso*, de *prendas* y hasta de *vello* en el rellano esterno-condral del torax, sino que aquel hombre á quien se hace referencia goza en grado eminente algunas de las cualidades del común patrimonio. Necesario era ser antropólogo de la estofa del Dr. Lombroso y familia para hablar de «el hombre de Genio» como de quien posee algo, bueno ó malo, que falta en los demás. A bien que mayor frescura y liviandad científica se necesita para acabar de escribir un fuerte tomo en de-

mostración de que todo hombre que tiene Genio lo tiene por cuanto es loco, sin habernos dicho en todo el libro ni en ninguno de los muchos que lleva escritos dicho autor, ni qué cosa es «hombre», ni qué cosa es «Genio», ni qué cosa es «locura».—Eso no es hacer ciencia; es engañar bobos confeccionando libros anecdóticos y entretenidos. Y basta, por ahora, de alusiones al sedicente antropologismo contemporáneo.

3.º La frase «SIMPLE INTUICIÓN» excluye el supuesto de toda intervención de otras potencias y facultades en las visiones del Genio. El hombre, bajo la inspiración, ve, en su campo genial, como en todo caso ve en el óptico ó en el acústico; *porque sí*; porque *puede*; y esto en las geniales intuiciones resulta tanto más absoluto cuanto que en el solo fenómeno inspirativo se producen á un tiempo y como á golpe de troquel, la creación de la idea por obra del estro y la visión de la misma por el sujeto inspirado; de suerte que el Genio es, en una pieza, sentido que percibe y campo dado á percepción: es como ojos por los cuales solo viéramos ú oídos por los cuales solo escucháramos los paisajes ó las melodías que respectivamente ellos se forjaran por acto, no ilusorio sino esencialmente alucinatorio. Precisamente, según en sazón os mostraré, esta peregrina condición por cuya virtud el Genio es un sentido que engendra las cosas mismas que nos da á percepción, explica por qué arte los propios cerebrales lugares donde surge la inspiración sublime, son el foco donde estallan por estímulo patológico fenómenos anormales como en el sueño, la pesadilla, el delirio, los fantasmas del remordimiento ó del terror, las ráfagas de la embriaguez y cien fenómenos más de involuntaria ideación, con la locura por remate y postre; bien así como del sistema muscular, que en salud realiza tan gallardos y útiles movimientos, vemos surgir bajo morboso estímulo, los más atroces espasmos, las más feas contorsiones y los más contraproducentes esfuerzos.—(De ahí el apuntado error del inocente antropólogo aludido, por confundir hasta identificar lo normal con sus aberraciones patológicas.)

En este punto, el rigor mismo del razonamiento nos suscita la sospecha de si quizá la inspiración del Genio radicará en una automática ideación cerebral.—Grave es la hipótesis; inoportuno lugar este para discutirla. Lo que podéis hacer de momento es tomar nota de ella y no olvidarla, para cuando lleguemos á la parte integral del asunto elucidarla.

Vuestro actual interés está en que reconozcáis los alcances de la frase «*Simple intuición*.»

4.º Quanto al inciso «CON SER MATERIA RACIONAL», digo, que por

él quedan separadas de las geniales intuiciones aquellas otras del orden fisiológico como son el ver, el oír, el palpar, el sentir nuestros músculos y por ello medir las resistencias exteriores; cosas que nada tienen de racional, por cuanto son del todo intuiciones taxativamente animales ó instintivas.

5.º Finalmente, al decir que las cosas del orden general NO SE DAN POR VOLUNTAD NI POR DISCURSO, elimino del grupo de las intuiciones definidas, aquellas otras del orden racional que pueden darse, bien por diligencia de la voluntad, como, por ejemplo, la expresión de simpatía de una persona hacia otra mediante insinuantes miradas ó la evidencia intelectual obtenida por arte de una serie de razones demostratorias. En todos estos casos hay *intuición racional*, pues se produce visión, percepción, aprehensión de algo que atañe directamente al espíritu; mas de ninguno de ellos diremos que es caso de *simple intuición*, pues por intuición *simple* se entiende precisamente, así en lo fisiológico como en lo psicológico la mera recepción de algo realizado sin preliminar ni aditamento ninguno volitivo ni discursivo.

Ahora, señores, habiendo legitimado por escrupuloso análisis y amplio comentario los términos de mi propuesta definición, quiero infundir á éstos un primer soplo de vida que, transportándolos á vuestro interior, al fondo mismo de vuestra conciencia, os ayude á percataros de los actos geniales que en ella se realizan; mostrándooslos de tal suerte que no por fe prestada á mi definición, sino en fuerza de vuestra experiencia psicológica sepáis qué cosa es Genio y podáis por propio y cabal conocimiento explicarlo á los demás.

Para comunicar á mi definición ese primer hábito de vida bastará con que os de á conocer cuáles son los fenómenos de conciencia por los cuales se revela al sujeto el carácter genial de un determinado pensamiento, ó en otros términos, qué rasgos formales acompañan *«la simple intuición de aquellas cosas que, con ser materia racional, no se dan ni por voluntad ni por discurso.»*

A ello, pues.

RASGOS CARACTERÍSTICOS FORMALES

de la intuición genial.

Dos constantes fenómenos llaman la atención del sujeto al cumplirse en su ánimo un hecho de inspiración, sea éste colosal, grande, mediano, pequeño ó mínimo; desde la visión de la ley gravitatoria

universal, por Newton, ante la caída espontánea de una manzana madura, hasta la ocurrencia de una réplica chistosa ó satírica en la imaginación del más oscuro decidor. Estas dos notas características SON: LA SORPRESA DEL SUJETO y la INSTANTANEIDAD DE LA VISIÓN.

Por lo que dice á LA SORPRESA DEL SUJETO, las ideas nacidas de inspiración se aparecen, según advertido queda, sin intervención de la voluntad y aun á despecho de ésta, como asimismo sin preparación ni colaboración alguna del propio y actual razonamiento. En tal estado de desprevenición encuéntrase el sujeto, como quien dice, «de manos á boca» y «de ganga», ó «sin comerlo ni beberlo», descubierta la causa oculta de un fenómeno natural, bosquejado el argumento de un drama, ideada una nueva y potente máquina, resuelto un problema estratégico, oída á favor de misterioso instrumental la más nueva y delicada melodía. De ahí la sorpresa del propio sujeto inspirado y su consiguiente proporcionado alborozo; de ahí la admirable justedad de la palabra OCURRENCIA, del latín *ocurrere*, que significa de primera acepción *salir al paso*, aplicada por el vulgo (que sabe inmensamente más de lo que él mismo se figura) á las *visiones* hijas del ingenio. Para haceros cargo del valor de ese *encontronazo genial* en aquellos casos en que la idea ocurrida es de las que deciden de la suerte de un hombre ó quizá de la humanidad entera, figuraos á uno de vosotros que, perseguido por motivos políticos hasta parar en Londres, y andando tristemente por aquellas neblinosas calles, abatido de hambre, sin una peseta en el bolsillo, ni conocimiento de una jota de inglés, y embebido en el pensamiento de que con tanto español como allí reside, no tiene cómo, ni por dónde saber de ninguno de ellos, un ¡paf! de sopetón, al revolver de una esquina, choca, hasta ver las estrellas....., precisamente con un hermano suyo, amantísimo y rico, que de vuelta de América para España, acaba de desembarcar de escala en la capital del Reino Unido. Ante este símil, y acertando á imaginar la sorpresa y el alborozo de nuestro amigo, fácil os será presentaros el efecto producido en el ánimo de los grandes hombres por la inesperada inspiración de una trascendental idea. Ello es que esa sorpresa y el consiguiente alborozo, resultan muy notables aun en las manifestaciones más comunes y familiares de la humana inspiración. ¡Cuántas veces habréis observado, en vosotros mismos, el hecho notabilísimo de que en las luchas de discreteo ó de ingenio, en las surgidas á los postres de expansivo banquete, se da el caso de no poder por largo rato decir uno lo que se le ocurre por impedírselo la fuerza misma y descompostura con que se ríe de su propia ocurrencia!

Verdad es que si os doy por rasgo característico de lo genial la inspiración, reparad que no os doy por tal el alborozo subsiguiente, pues no siempre es alborozo, sino que á las veces es grave pena la que subsigue á la genial visión. Porque ésta, bien porque desde luego vemos muy superior á nuestros recursos la realización de la idea concebida, bien porque ella constituye de suyo corazonada ó presentimiento de un mal, no pocas veces causa al sujeto, en lugar del ordinario alborozo, una tristeza negra como el caos y más honda que el infinito espacio. En esto como en todo, el hombre, mientras vivo, ha de estar á las verdes como está á las maduras.

Este verdadero automatismo ideogénico, en cosas racionales que á las veces son de tanto vuelo, mérito y trascendencia, suscita por segunda vez en nuestro ánimo la ya apuntada sospecha de si quizás el encéfalo, con ser el órgano inmediato de la razón y la voluntad, es decir, de las dos facultades más saneadamente espirituales que poseemos, funciona á ratos, hasta en lo más sublime de lo racional, con aquella relativa independencia en cuya virtud cada ganglio del simpático gobierna bajo la dirección inconscia del alma, en cuanto energía individual, aquella provincia orgánica que *ab ovo* le cupo en suerte; como si, la noble masa, al llegar á la magnitud y complejidad de encéfalo, sintiera nostalgia de aquella antigua autonomía, de aquellas maravillosas franquicias de que un día gozara, bajo forma de ganglio cefaloide, en muchos invertebrados y aun entre la plebe de los vertebrados.

Y en verdad que si el encéfalo sirve para pensar por obra reflexiva y consciente del alma, bajo el influjo de la razón y por eficacia de la voluntad, ¿por qué no ha de poder aparejar pensamientos por obra del alma misma, aunque ignorados de ésta, por cuanto se trata de obra inconscia por más que racional? ¿Por dónde se pretenderá que no sea racional más que lo consciente?

Motivo de sospecha, es este de una gravedad y de una trascendencia imponderables, que refuerza grandemente al primero y que ahora me reduzco á consignar, mientras llega la oportunidad de ver si un detenido *examen integral* del asunto lo confirma ó desvanece.

Cuanto á la INSTANTANEIDAD DEL FENÓMENO la concepción del genio se produce siempre como brillo de centella, ó punzada de alfiler, ó chasquido de fulminante, de donde los calificativos de visión, chispa, agudeza, estro y tantos otros análogos, aplicados al fenómeno interno de la inspiración.—A favor de esa *instantaneidad fenomenal* el Genio se emancipa del razonamiento, bien como, merced á la *sorpresadel sujeto*, se acredita independiente del albedrío de éste. De donde

resulta que la razón, siendo soberana espiritual servida por sus acreditados ministros, el discurso y la voluntad, se encuentra á lo mejor, y aun gracias por la cuenta que le trae, con manifestaciones repentinas de otro como Estado dentro de su Estado, que obran á modo de verdaderas asonadas con relación al lógico y ordenado discurrir. ¡Cuántas veces uno de esos exabruptos, ahora de una nueva verdad, ahora de una creación magna, ahora, en fin, de una solución ejecutiva juzgada imposible, ha cambiado, no solo el curso del pensamiento y de la vida entera de un hombre, pero también la dirección general de la humanidad!

Naturaleza y alcances de lo concebido.

Mas lo que importa dejar bien por claro es la naturaleza y los alcances de lo revelado por la inspiración al sujeto en esa *instantaneidad de visión*. De ello diré que tan instantánea es, v. gr., la concepción de un grande y complicado poema como la de una réplica chistosa, sin más diferencia que la puramente material de que, el germen concebido del chiste resulta por su sencillez criatura ya completa por solo engendrada, mientras que el del poema dista mucho, dada su específica complejidad, de ofrecer detalladas las partes de que se compondrá como creación definitiva.—Y ved cómo una vez más, se nos impone la honda analogía entre lo *genial* y lo *genital* á que reiteradamente llevo hecha referencia; pues reparad que asimismo dentro del orden genital si en un instante es concebido un micrófito ó un infusorio, también en un instante son concebidos un roble ó una ballena, *sin más diferencia que la puramente material* de que el microbio, merced á su simplicidad, ya en el instante de su concepción aparece criatura acabada, mientras que, al árbol y al animal de superior jerarquía, les faltan en aquel creador instante, los detalles de su definitivo organismo.—De donde resulta que así en el orden *genital* como en el *genial*, el INSTANTE CREADOR LO ES SIEMPRE DEL GERMEN ó EMBRIÓN DE LA COSA CREADA, solo que, cuanto más compleja ha de ser esa cosa, ese nuevo ser, á la hora de su definitiva evolución menos en él se diseñan las partes secundarias de que, según su especie, deberá en definitiva componerse.

Este paralelismo aclara grandemente por los hechos de generación fisiológica los de generación psicológica. Porque, en una como en otra, concebir es un «*fiat*», un mero tránsito del no ser al ser, sin que por ello el novísimo ente venga obligado á presentarse como criatura á término, pero viniendo forzado por la metafísica fuerza de la

necesidad, á ser ya, en cuanto embrión, lo esencial, lo fundamental, lo específico de su naturaleza, sopena de resultar un ser sin determinada esencia; y bien así como al «*fiat lux*» hubo de aparecer claridad y no sonido; asimismo por instantánea visión, prodújose, v. gr., en la fantasía de Cervantes como «*fiat*» de su Quijote lo embrionario y característico del pensamiento moral de la gran novela, aquello que hace de ella una creación inconfundible con otras. Y del propio modo en las entrañas del organismo surge, al instantáneo «*fiat*» de la fecundación, lo embrionario, lo característico de aquello que un día resultará materialmente, porque virtualmente ya lo es, un elefante y no un tigre, un hombre y no una foca marina.

Tal es el contenido germinativo del instante genial: una visión embrionaria, tanto más imperfecta é incompleta en sus detalles cuanto más eminente y complicada la concebida idea, pero donde jamás falta elemento alguno fundamental, á pesar de la *instantaneidad de inspiración* y de la *sorpresa de ánimo* que, constantemente la acompañan. Porque no es posible obra humana, ni aun sobrehumana, material ó ideal, cuya grandeza y complicación no sea reductible á un fundamental pensamiento, ni cabe fundamental pensamiento que el alma no pueda ver clara y distintamente en el instantáneo centelleo de la inspiración.

VÍA CRUCIS DEL GENIO

Lo antedicho me obliga en conciencia á anticiparos una especie, de grande interés práctico, que con mayor detenimiento en su apropiado lugar explanaré, y es la consideración de cuanto va, en materia genial, del dicho al hecho, ó sea, de la concepción á la realización de la idea, y como el trecho que de lo uno á lo otro queda al hombre por andar puede llegar á ser para él un verdadero *vía crucis*. Ese trecho es lo que le falta al concebido germen para llegar de embrión á criatura viable, hecha y derecha á disposición del mundo, y hay que andarlo encomendando á la suerte de que una serie de nuevas intuiciones geniales aporten para el desarrollo de cada una de las diversas partes del embrionario ideal, los elementos secundarios, terciarios, etc., procedentes.

Error muy craso es la universal creencia de que, logrado por inspiración el pensamiento capital de una obra, de cualquier naturaleza que ésta sea, ya el llevarla á completo desenvolvimiento sea cuestión de memoria, entendimiento y voluntad, ó sea, de «coser y cantar», como suele decirse. ¡Ya! ¡ya! ¡Vaya unas costuras! ¡Vaya

unas canturias las que al Genio le quedan!—No; en lo *genial*, lo propio que en lo *genital*, y de lo segundo debéis saberlo por lo que tenéis de embriólogos, todo proceso evolutivo se hace por nuevas fecundaciones embrionarias internas que en cada célula se repiten como transmisión de la virtud creadora primordial del propio germen á cada una de sus partes y á la parte de esas partes, hasta la definitiva formación del nuevo ser. El llegar á esa vegetación del embrionario pensamiento por una serie de nuevas yemas, ya de rama, ya de flor, que broten del primitivo tallo, requiere nuevas inspiraciones, las cuales, con serlo, *no se dan ni por voluntad ni por discurso*, reduciéndose, por tanto, á cuestión de buena suerte, la feliz evolución del germen inicial, á poco que éste pase de muy sencilla ocurrencia. Este es el *via crucis* del hombre en la conducción de una inspirada idea al término de su desenvolvimiento. ¡Ah, si no fuera por eso! ¡Qué hermoso oficio el de inventar! ¡Qué envidiable canongía la de «hombre de Genio» encontrárselo todo llano y sujeto al propio albedrío, á partir de una afortunada visión! Pero hasta ahí nos persigue la ya tan demostrada identidad de fondo entre *lo genial* y *lo genital*; porque, reparad que, á la hora de la concepción sexual, todo son gustos; mas, ¿puede darse vereda de rosales más espinosos que el deparado á la mujer en cuanto artista ejecutor de la concebida criatura, durante la gestación, la lactancia y la educación infantil del hijo de sus entrañas? Vereda de espinosos rosales llamé esa vía, porque en verdad que, así en *lo genital* como en *lo genial*, quien por ella pasa recoge en continua mezcla las emociones más inefables y las más ingratas punzadas de contrariedad; la *Maternidad*, entre deliquios de amor y molestias naturales, y aun preternaturales, del oficio y, el *Genio*, entre gratas sorpresas de nuevas inspiraciones evolutivas de la concebida idea y los azares de que éstas falten, demás de los engorros, naturales también, cuando no accidentales, del mecanismo técnico de la obra.

Por gran suerte, lo que de uno y otro orden de caminos de creación queda remanente en el espíritu humano que los pasa, es la hermosura y fragancia de las rosas; lo que es las punzadas de las espinas creed que luego al punto se olvidan. Solo así se explica un fenómeno de que años ha se me ocurrió hacer asunto de una máxima que á la letra dice: «Sucede á los artistas, al dar á luz sus creaciones, lo mismo que á la mujer á la hora del alumbramiento; todos son propósitos de no reincidir, y luego algunas salen á misa ya otra vez encinta (1).» Tan cierto y común es este hecho, en cuanto á lo genial,

(1) Véase edición rara y curiosa del boceto del Dr. Letamendi, por Luis Co-

objeto preferente nuestro, que, para comprobarlo, no tenéis más que cultivar amistad con persona de genialidad notoria. Por raro caso dejaréis de ver que bastante antes de concluída una obra, más que aburrido, ya á vuestro hombre le bulle en el magín el germen fecundado de otra nueva.

Empero, durante la gestación de la criatura genial, ¡qué de azares y engorros y peripecias y decepciones y contrariedades! ¡Ay, si pudiéramos oír de esto los lamentos vivos de Bellini luchando con su *Norma*, ó de Daguerre batallando con su placa metálica sensibilizada, ó del olímpico Goethe en brega con sus borradores cien veces rehechos y castigados del *Fausto*, ó de Papín trabajando frenético hasta dar cabal y práctico remate á la transformación de su célebre marmita en yate de vapor, ó de Eloy Senefelder, dándole que le darás con reactivos á una adusta piedra calcárea, hasta lograr ofrecer al mundo hecha y derecha la noble industria de la litografía! ¿Y qué decir de los innumerables genios que han dejado en tan áspera senda su fortuna y su vida?

En suma; que si preguntáis á un hombre de buen entendimiento, pero de genio atrofiado, qué cosa sea el *componer*, os dirá poco más ó menos, que es «aplicar la razón al desarrollo de una idea genialmente concebida»; empero, que si se lo preguntáis á un verdadero espíritu creador, os dirá terminantemente que toda obra humana es *una vegetación de inspiraciones secundarias, derivadas de una inspiración primordial, pero dependientes de otras tantas nuevas y afortunadas inspiraciones*.

Del papel indirecto que la razón conscia desempeña en toda composición genial ya os hablaré largo y tendido en su lugar y tiempo; lo único que por ahora os anticipo, para que entonces no os venga harto de nuevas, es que tal intervención racional se queda muy menguada en cuanto coeficiente creador, estándole, en cambio, reservado el oficio muy trascendental de coeficiente ordenador y crítico de la obra durante su período evolutivo.

Con lo que dejo expuesto confío haberos iniciado en el conocimiento del valor teórico y práctico, tanto de los dos hechos de conciencia, que he llamado respectivamente «*sorpresas del sujeto*» é «*instan-*

menge y Ferrer, con un prólogo del Dr. D. Enrique Suender (editor del libro) y seguido de *juicios breves*, por treinta y ocho notabilidades en los diversos ramos de la Ciencia y del Arte.—Madrid, 1893.—Fortanet.—(Exquisito regalo del doctor Suender al autor de esta conferencia, en su fiesta de San José.)—Hállase en las principales bibliotecas.

taneidad del fenómeno», cuanto de la *naturaleza y alcance de lo concebido* en tan afortunado instante.

Ahora, próximos ya al término de esta Conferencia introductoria, voy á hablaros de un asunto tan propio de ella como los que dejo elucidados. Refiérome al

PROCEDER NATURAL PARA NUESTRO ESTUDIO

Una vez proclamada y reconocida la *democratización del Genio*, es decir, que éste no es dón aristocrático de unos pocos, sino patrimonio común, y visto, además, que la inspiración es función de conciencia y que, por tanto, solo en la propia de cada cual puede ser *directamente y positivamente* estudiada, nada más llano que la elección de procedimiento indagatorio. Tomar por norte el Genio en sus más modestas proporciones y á ellas ajustar toda observación y descripción ó análisis, á fin de tener la seguridad de que cada oyente hallará en su observatorio interno—como ya veis que os está sucediendo en lo que va de esta Conferencia—la comprobación de los fenómenos que el profesor explica. De esta suerte, si quien habla es verdaderamente experto en el conocimiento de sí mismo, y del de los demás por el suyo propio, el auditorio recibe la más positiva enseñanza que en cátedra pueda darse, porque en ella cada alumno dispone del instrumento interior comprobatorio de lo que el conferenciante expone. ¿En qué lección de materia objetiva, es decir, de Anatomía, de Fisiología, de Histología, de Botánica, ni de otra asignatura de objeto visible y tangible se ha visto jamás que las facilidades de comprobación lleguen al extremo á que alcanzan en una de asunto psicológico ó subjetivo?

Aparte la naturalidad ó, mejor dicho, la exclusividad de este procedimiento, por cuanto no va á preguntarle á Shakspeare ni á Beethoven, ni á Laplace, ni á Hipócrates, qué cosa le pasa en su interior á quien se siente inspirado, lo cual sería, sobre ridículo, absolutamente baladí, é incierto para dato científico, el adoptado proceder ofrece además la inestimable ventaja de aplicar la indagación al examen de las más sencillas variedades dentro de la especie; puesto que siendo relativamente muy pocos los hombres de genio sobresaliente, claro es que el ordinario estudio recaerá en ejemplares modestos, adocenados, como sin sombra de mortificación nos reconocemos nosotros, pongo por caso, y en esto está precisamente el científico ne-

gocio, por dos potísimas razones que os voy á dar, y que no tienen, según familiar locución, vuelta de hoja.

LA PRIMERA RAZÓN es que el grandor en nada afecta á la especie de las cosas, y que bien así como por ante la ciencia ornitológica el pájaro-mosca puede decirle al águila caudal: «Te admiro y venero por lo grande y poderosa, mas cuanto á naturaleza, soy tan ave como tú»; y asimismo, por ante la ciencia acústica, el diminuto cascabel, solo capaz de producir un *tilindrén* apenas perceptible puede encararse con nuestra rimbombante «Tomasa de la Seo» para decirle: «Te admiro y venero por la extensión que alcanza tu tañido y por la trascendencia de tus históricos toques, ahora á gloria, ahora á somatén; mas cuanto á la calidad y ley de mi sonar somos tal para cual, pues en nada diferimos.... del propio modo y con igual perfectísimo derecho, si de improviso se nos aparecieran en este recinto, formando imponente comisión de inmortales, Nemrod, Moisés, Homero, Zoroastro, Buda, Semiramis, Esquilo, Fidias, Isaías, Ezequiel, Arquímedes, Ciro, Salomón, Sesostris, Teseo, Licurgo, Tirteo, Solon, Alejandro, Miguel Angel, Raimundo Lull, Rabelais, Lope de Vega, Rembrandt, Sócrates, Leibnitz, Boerhaave, Copérnico, Vesalio, Daza Chacón, Lavoisier, Andrés de Laguna, Hernán Cortés y cuantos más del propio fuste cupieran en este anfiteatro, estimarían muy puesto en razón, á fuer de grandes hombres, el que una vez rendido por nosotros á ellos el homenaje debido á su excel'situd, y al decirles, luego, cuál era casualmente nuestra actual tarea, les añadiríamos que estudiamos el Genio en nosotros mismos, por virtud de aquella razón que un día daban el pájaro-mosca al águila caudal y el diminuto cascabel á nuestra venerada «Tomasa.»

Ved, pues, cuan evidente es el derecho con que todos nos tenemos, sino por «hombres de Genio», siquiera por «dotados de genio, en cuanto hombres», y por si algún escrúpulo la modestia suscitare en vuestro ánimo, ruegos que siquiera en calidad de pájaro-mosca y no de reales águilas, de cascabeles y no de catedrales campanas, me digáis quién de entre vosotros *nació y creció* tan desmedrado de cacumen que no haya tenido en su todavía temprana vida, bien una réplica feliz; bien una idea luminosa con que excusarse con el maestro; bien la inspiración de unas simples aleluyas con que mortificar á un camarada antipático; bien, al calorcillo de animada francachelá, alguna ocurrencia oportunísima, tan sorprendente para él mismo cuanto frenéticamente aplaudida por sus comensales; bien, en grave tribulación propia ó ajena, causadas por insidias de oculto origen, la visión clara y certera, por nombre «*corazonada*», de quién fuese el

traidor causante de aquel conflicto; bien, en las postrimerias de aventuroso carnaval, la invención de un argumento con que sonsacarle al padre ó al apoderado unas pesetas de crédito supletorio; bien, en fin, la inspiración de un ardid para comunicarse con apasionada novia, si es que, por raro caso, ella no tuviera genial inventiva para comunicarse con él, lo cual en verdad sería á un tiempo la negación del genio y la del sexo de la oprimida muchacha....

¡Por Apolo y sus nueve Musas, que si esas ocurrencias no son geniales, hay que tirar á la calle la definición de Genio y el testimonio mismo de la conciencia, la cual certifica que todas las variantes intuitivas que acabo de mentar pertenecen á aquel orden de *«cosas que, con ser materia racional, no se dan ni por voluntad ni por discurso!»* Hebrán sido vuestras genialidades cascabelillos y no campanas; pájaro-mosca y no aves de primera magnitud, pero ¿qué importa ello á la naturaleza de la cosa?—Demás de que, conforme en la realidad los dos extremos, máximo y mínimo, así de las aves como de los instrumentos sonantes, están enlazados respectivamente por una escala gradual de innúmeras variedades, patentizándose de este modo por la identificación de los extremos, la unidad de esencia de la especie, por igual arte entre los hombros el genio de más modestos aleteos y aquel otro cuyo elevado vuelo le hace visible á toda la humanidad y glorificable á través de las generaciones, enlázanse en específica identificación á favor de una escala gradual de incontables peldaños, pero tan manifiestos que solo las cataratas del rutinario pensar pueden ser impedimento á descubrirlas.

A la vista de todos está, pongo por caso, la gradación que entre los genios estratégicos ó luchadores conduce del rapaz invencible en las partidas de marro, al ratero inatrapable por los agentes de orden público, y, de ese ratero al ladrón de ciudad ó de marca mediana, que domina el arte siempre en franquía, y de ese al de marca mayor ó salteador de caminos que tiene siempre en jaque á la fuerza encargada de jaquearle á él, y de éste al aventurero, ya con ribetes, sino galones de jefe de una partida latro-famosa, y de tal aventurero al patriota caudillo de numeroso y valiente somatén, y del arrojado y hábil patriota al formal cabecilla con honores y resuellos de General, que ya maneja todas armas y se hace hablar por embajadas y, como tal cabecilla sea del porte genial de un D. Ramón Cabrera, que fué por años verdadero terror de los valientes y aguerridos ejércitos nacionales, bien claro veis que con solo subir tal peldaño circunstancial de tiempo, lugar y campo de expansión del personal genio, llegamos á un Napoleón I, á un Jerjes, á un Alejandro Magno

ó al legendario Nemrod, figura la más excelsa de caudillo que se clarea por entre la densa niebla de los tiempos protohistóricos.

¡Que ahí mezclo yo héroes y criminales!..... ¿Y qué culpa tengo en ello, si es la realidad quien me los mezcla así y hasta de los más de entre los héroes resulta tan dudosa la moralidad de la empresa que los hizo inmortales? ¿Y qué tiene que ver, añadido ahora, la Moral con la Historia nacional del Genio, que es nuestro objeto? Y en último caso, ¿quién trazaría la divisoria exponiéndose á que le sucediera lo que á la Santa Sede le pasó en el siglo xvi con la divisoria que del total Océano se dignó establecer para fijar la propiedad respectiva de españoles y portugueses sobre las tierras descubiertas y por descubrir, y fué, que siendo redondo el globo terráqueo ocurrió á los españoles bajo el mando del portugués, renegado Magallanes y de Sebastián Elcano irse por el extremo occidente á descubrir nada menos que unas Indias que, á despecho del pontifical acuerdo resultaron orientales.

Siendo, pues, redondo de suyo, como es, el mundo de la moralidad, dejémonos de convencionalismos y reconozcamos que lo moral ó inmoral no reside en las potencias, ni tan siquiera en las facultades del sujeto, sino en el sujeto mismo, poseedor de ellas y verdadero responsable de sus actos ante Dios y los hombres.

Ahora bien: por escala gradual análoga á la de mi ejemplo, y tan al por menor como se quiera, tiene establecida Naturaleza, en orden á las diversas manifestaciones del Genio, su natural gradación. Ensayaos si no en formar otras series como la propuesta, que recorran el orden pictórico, el poético, el musical, el médico, el matemático, el físico-químico, el político, el bancario, el industrial, etc., y veréis confirmada por obra vuestra la verdad que acabo de exponeros.

LA SEGUNDA RAZÓN que abona el adoptado proceder de estudio, es que, pues, lo más sencillo consta solo de aquello que, según la especie le es elemental, y en toda especie lo elemental de lo *inferior por sencillo* constituye lo fundamental de lo *superior por complicado*, claro es que el único proceder seguro para no caer en el error de dar por fundamental lo accidental de lo superior, es analizar, ante todo, lo elemental de lo inferior. Entiéndase, pues, que esta razón que aduzco no es la que los preceptistas suelen alegar para esclarecer las excelencias de procedimiento de *lo sencillo á lo complicado*; éstos fundan su proceder en la comodidad mental del alumno, por cuanto el comenzar por lo complejo causa abrumamiento; yo fundo el mismo proceder en la razón, no de conveniencia pedagógica, sino en la eminentemente filosófica ya expuesta y que condensaré en esta lacónica

frase: «Comenzar por las variedades sencillas es dominar desde luego lo fundamental de las complicadas.»

¿Imagináis desde luego cuán instructivo y cómodo no ha de ser un procedimiento que tan expeditamente os resuelve, desde los primeros pasos, el más grave problema de la ciencia, el de conocer la naturaleza de las cosas por la clara y perentoria distinción entre lo que en ellas hay de fundamental, esencial, característico, y lo que hay de accidental, secundario, accesorio y aun de evolutivo de lo esencial mismo? En buena y sana Filosofía de la Naturaleza, tan absurdo sería (AUNQUE LA CONCIENCIA DEL HOMBRE PUDIERA SER OBSERVADA POR MIRADA AJENA) proponerse saber qué cosa es Genio, tomando desde luego por objetos de análisis espíritus superiores, como Platón, Safo, Eurípides, Praxiteles, Pericles, Demóstenes, Hipócrates, Euclides, Julio César, Juvenal ó Arnaldo de Villanueva; como lo fuera pretender recabar de los ojos ó del oído humanos el concepto fundamental de las piezas esenciales del ver ó del oír, ó empeñarse en descubrir, por examen de un imperial palacio, cuáles sean las partes fundamentales de la humana habitación; y conforme para conocer lo elemental de un domicilio no hay como examinar de qué diversa suerte de piezas se compone aquella modesta vivienda que, sin frisar en miserable, revela lo más ajustado al preciso buen pasar, y para dar con la esencia del ver y el oír, lo más expedito es disecar respectivamente ojos, ó simples ó en mosaico, de invertebrados y oídos de moluscos cefalópodos, y de la propia manera para dar con lo elemental constitutivo del Genio, y por ende con lo fundamental de aquel que brilla en la mente de los espíritus superiores, el único seguro camino es analizar esa potencia en su ordinario y modesto paramento.

Y esto se requiere con tanta mayor razón cuanto que, por tratarse, como advertido queda, de una función de conciencia, solo ésta constituye sentido congruente para el estudio de la tal función, y puede estampar en el resultado el sello del positivo conocimiento.

Debo, además, preveniros que este democrático punto de partida de mi procedimiento tiene grande interés en sí mismo; puesto que ahí donde veis tan sin pretensiones ni efectos sensibles al Genio vulgar, adocenado, anónimo y al parecer menospreciable por inútil, le pasa lo que á las gotas de agua, las cuales si cada una por sí casi no tiene valor ni poder, reunidas logran por acumulación de sus respectivos «CASI» el poder y el valor bastantes para formar la inmensidad del Océano. Al explicaros en la siguiente conferencia y para fin y postre de la *Psicología pura del asunto*, el «*Repartimiento y la Función*

colectiva del Genio en la Humanidad», veréis por claro y extenso á cuánto monta el democrático influjo que en la cultura y su progreso ejerce la suma de diminutos cascabeles y de imperceptibles pájaros-mosca que en el mundo componemos el vulgo del ingenio humano. Básteos por el momento con esta indicación preventiva.

Y ahora, como término natural de esta INTRODUCCIÓN, consignaré los dos trascendentales *Corolarios* que de la democratización del concepto del Genio se desprenden.

COROLARIOS FINALES

COROLARIO 1.º Que si genio todos tenemos, más ó menos, en cuanto potencia normal psico-fisiológica de nuestra específica naturaleza, no cabe ni parar mientes en la epidémica tendencia de los modernos antropólogos á hacer del Genio un estigma degenerativo; solo entendimientos degenerados á su vez, por efecto de fatal desequilibrio entre un exceso de lecturas, agravado por gran *facilidad de memoria* y un defecto y aun carencia absoluta de *educación mental*, pueden caer en la absurdidad de identificar lo normal por naturaleza y lo patológico que en lo natural puede avenir. Tiempo ha que si gozara salud como de voluntad disfruto, estaría viajando por España, hecho un estadista y una balija de notas para una obra de sensación, titulada: *El zapatero de portal*, para que diera al traste, por arte de interferencia, con el decantado libro «*El hombre de Genio*», del Dr. César Lombroso, y demás publicaciones análogas que la del profesor italiano ha sugerido. Porque seguro estoy de que recorriendo diversas provincias en inquirimiento de datos sobre vida y milagros de la apreciable clase remendona, y oídos para cada caso la mujer y los vecinos del respectivo artista de tirapie, había de resultar entre éstos, igual, si no mayor proporción de excentricidades, nervosismos, manías, cosas raras, visos degenerativos, dejos vesánicos y efectos de alcohol *ad libitum* que la acusada por el renombrado antropólogo turinés con careo al indefinido y arbitrario gremio de los hombres de Genio.

Haga, quien pueda y quiera, el experimento; y que me emplumen si le sale fallido.—Siempre auguré que la petulante escuela italiana se perdería, y en efecto, ya se está perdiendo, por un vicio que, ni explicado, llegaría ella á comprender; ó sea, por la temeridad de hacer ciencia de una variedad, sin conocer la especie, ó de fundar doc-

trina sobre una especie sin tener cabal idea del género natural correspondiente.—De eso pecan, por ejemplo, «El hombre delincuente» y «El hombre de Genio» y de ello morirán. Por ese camino sin camino, fácil es armar una estrepitosa y momentánea asonada, mas no es posible llevar á cabo una trascendental revolución en las ideas.

COROLARIO 2.º Que si Genio todos gozamos más ó menos, y éste, auxiliando la aptitud de cada cual, toma preferente poder para tal ó cual orden de asuntos, cabe la posibilidad de que, una vez bien conocida esa potencia, científicamente sea fomentado en cada cual, según su particular ingenio, por la educación; de suerte que, á la manera de diamante en bruto, vaya cobrando por pulimento el mayor brillo de que sea susceptible según sus quilates y su nativa diafaneidad, y acrecentando en razonable medida su posible brillo, resultando de esa que pudiéramos llamar *Genicultura*, en relación con el tradicional abandono, que torne regular el ingenio al parecer escaso, y por este tenor asciendan á mediano el regular, á notable el mediano, á sobresaliente el notable y á asombroso, por fin, el ya de natural sobresaliente.

De donde surge una nueva tarea, claramente deslindada para la Medicina y la Pedagogía del porvenir, tarea de la cual, á pesar de la genial anticipación de nuestro ilustre compatriota Juan de Dios Huarte, jamás el mundo ha tenido clara idea, y cuyo resultado forzoso ha de ser UN ENORME AUMENTO EN LA CAPACIDAD Y EN EL RENDIMIENTO GENIAL DE LOS PUEBLOS.

Una ESCUELA GENERAL DE TANTEO DE INGENIOS Y UN MÉTODO NORMAL ESTABLECIDO EN CADA CENTRO DE SEGUNDA ENSEÑANZA PARA LA EJERCITACIÓN DE LA NOBLE POTENCIA HUMANA OBJETO DEL PRESENTE ESTUDIO, he aquí la semilla de una de las más fecundas innovaciones que la evolución pedagógica reclama. El tiempo dirá si lanzada por mí con esta ocasión, á los aires tan útil simiente, viene á caer en estéril arenal ó en fértil tierra.

Y aquí, señores, declaro terminada esta INTRODUCCIÓN, temeroso de que os deje ahitos, por lo densa, pero haciendo votos para que, su mental digestión, os excite de nuevo el apetito de ahondar más y más en tan noble y trascendental argumento.

El manuscrito dice aquí «fecha», pues no se publicó, y se ignora el día en que fué leído, aunque debió de ser en 1896.